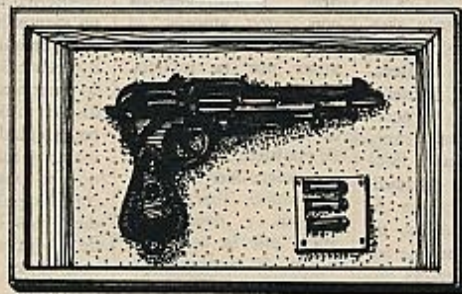
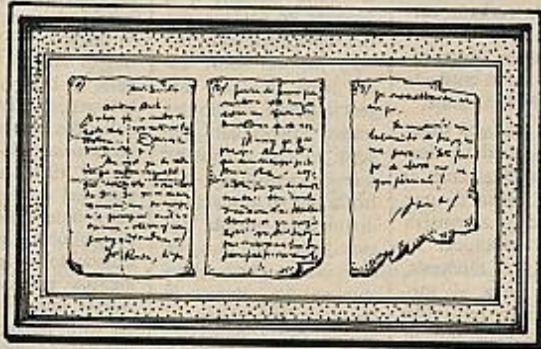


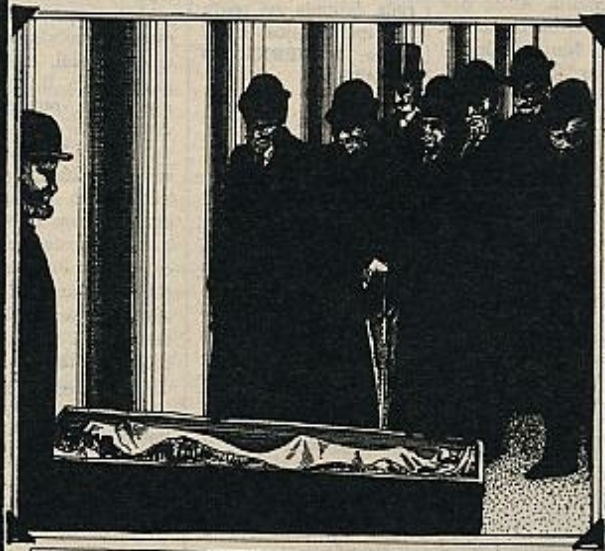
24



1.-Arma con la que puso fin a su vida el insigne dramaturgo. ✕



2.-Carta autógrafo, en que da cuenta de su fatal decisión. ✕



3.-El cadáver momificado, dispuesto para su traslado al panteón de hombres ilustres, acto verificado por la Asociación de Escritores y Artistas el día 16 del actual. ✕

(Estrujado de una revista de la época)

Narra una guerra de mundos, una catástrofe cósmica: la historia de un universo esquizofrénico, escindido en campos de fuerza contrarios que luchan y acabarán destruyéndose a sí mismos y al mismo espacio que los contiene. En el espacio puro de lo escrito es donde se celebra la batalla: los contendientes no son seres humanos, pero tampoco son abstracciones o alegorías: se trata de dioses-maquina, de ficciones cibernéticas que remiten a una realidad literaria anterior. Son signos y prodigios de los tiempos, cuyos nombres («Breton circa 30», «Lhooq», «Merz») recuerdan la aventura negativa dadaísta. Los datos casi autobiográficos que Antolín Rato incluyera en su novela anterior faltan por completo en ésta: nos hallamos ante un intento de desaparición de la personalidad del autor.

El lenguaje torturado —asesino casi— ha sido privado de su significación habitual, de su utilización como instrumento de comunicación, para convertirse en transmisor de una comunicación remitida a sí misma: obra de computadora que se alimenta tan sólo de referencias a su espacio interno. Su construcción se aleja de lo que llamamos literatura para conectar con la expresión musical o pictórica; se advierte la utilización del montaje, del corte inventado por Bryon Gysin; la síncope de los bloques verbales remite al «free jazz»: como en éste aparecer de cuando en cuando un tema «pop», que pronto desaparece en la libertad de los sonidos desencadenados. La novela misma acaba muriendo —renunciando a todo significado, a toda utilidad— en un esplendoroso suicidio: lector y autor quedan aislados en un paraíso de hielo junto a los demonios

que han conjurado. Como en el «free jazz». Mariano Antolín recurre esporádicamente al humor para no caer en la experimentación académica de la vanguardia tradicional, en el simple esteticismo de las supuestas «nuevas formas». Se libera, sí, de un elitismo de mala calidad y de peor fe. Y queda en pie la última posibilidad de una sonrisa de complicidad como último asidero para quien escribe y para quien lee.

Mariano Antolín Rato se ha embarcado en un procedimiento difícil y comprometido, que implica una concepción del mundo y de la literatura totalmente fría y distante. Su novela tiene la brillante frialdad de los espejos. Es un viaje plagado de peligros, odisea literaria que puede acabar por igual en el hallazgo de una nueva técnica narrativa o en la más absoluta esterilidad, en la muerte. ■ EDUARDO HARO IBARS.

«La vida difícil», de Andrés Carranque de Ríos

Ha sido preciso el transcurso de cuarenta años para que *La vida difícil* (1) —la mejor novela de Carranque y, sin duda, una de las obras más notables de la narrativa social de preguerra— haya obtenido el privilegio de la reedición. Y resulta paradójico que Carranque cumpliera este largo purgatorio precisamente durante una época en que en nuestro país privaron, con exclusividad, en el ámbito literario, los productos realistas de intención social, siendo él heredero predilecto y directo de Baroja (quien le dio la

alternativa con la presentación de *Uno* [1934], su primera novela), y sus obras, antecedentes insuperados —tanto a nivel formal como testimonial— del realismo de posguerra. La explicación hay que buscarla, pues, fuera de lo estrictamente estético, aunque no del maniqueísmo inquisitorial de una cultura regida por las consignas e intereses del Poder. No obstante, la descongelación de los tácitos anatemas en el caso concreto de Carranque y en lo que toca a la difusión de su obra, no ha hecho más que empezar. Echando en el olvido (que es, en este caso, el destino más piadoso) una inadvertida y fraudulenta edición de *Cinematógrafo* (2), realizada en 1963 por Joaquín Entrambasaguas, y estimando en lo que vale la recopilación de relatos y artículos, *De la vida del señor Etcétera* y otras historias (3), a cargo de José Luis Fortea, en el año 1970, se hace necesario insistir en la cuarentena de purificación a que se ha visto sometida su obra principal, *La vida difícil*, operación respaldada en buena medida por la ignorancia de la crítica.

Pertenciente al grupo de escritores que al comienzo de la década de los treinta, y como consecuencia del crack económico mundial del año 1929 y de la situación histórico-social del país, propugnan una literatura atenta a los problemas de su tiempo, Andrés Carranque de Ríos (1902-1936) constituye un modelo de adecuación entre lo que Malraux caracterizaría como *experiencia y conciencia artística*. En su obra, nutrida de peripecias rigurosamente autobiográficas y dictada

(1) Ediciones Turner. Madrid, 1973. 264 páginas. Prólogo de J. L. Fortea.

(2) Joaquín Entrambasaguas, *Las mejores novelas contemporáneas*. Tomo IX. 1963.

(3) Editorial Helios. Madrid, 1970. 158 páginas.